

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8630

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 23 de Octubre 1888

EL DIQUE DE CARENAS DE ESTE ARSENAL

I

En el número de nuestro estimado colega *La Época*, correspondiente al día 17 del presente mes, aparece el siguiente suelto:

«Una mejora de gran importancia para la marina se ha resuelto ayer por el Sr. Ministro del ramo: la recomposición y prolongación de los dos diques viejos del arsenal del Ferrol, inútiles hoy por el estado de sus fondos y por sus reducidas dimensiones para recibir los buques modernos, inmensamente más largos que los antiguos navíos.

«Una comisión, compuesta de los señores señores Mosquera, Conde de Pallares y Montero Ríos; por los diputados Sres. Becerra, Villaverde y Pérez (D. Nicasio), y el diputado provincial por Ferrol Sr. Plá, ha expuesto ayer al Ministro de Marina la conveniencia de acometer esa obra, suplicándole su inmediata realización, toda vez que el proyecto estaba terminado hace años.

«El Sr. ministro, después de agradecer á los peticionarios el interés que demostraban en favor de la marina, les ha manifestado que, en efecto, consideraba la obra de urgente necesidad, en razón á que una escuadra no puede subsistir sin el número de diques suficientes para atender á las frecuentes reparaciones de los buques; que el proyecto estaba formado desde el año 1885, y que estaba dispuesto á utilizar las ventajosas condiciones del arsenal del Ferrol, para dotarlo de dos diques auxiliares del grande de la Campana que allí existe.

«Cuando el dinero de los contribuyentes se emplea en obras de tan reconocida utilidad, merece plácemes el Ministro que las realiza, y por nuestra parte no hemos de negárselos en esta ocasión al Sr. Rodríguez Arias.

La lectura del suelto que acabamos de transcribir, nos obliga á formular ciertas consideraciones, inspiradas no sólo en el interés que sentimos por todo lo que tiene relación con el engrandecimiento de nuestro Arsenal, sino aconsejadas también por el deseo que nos anima en pró de la conveniencia general del país, en lo que se relaciona con su Marina de guerra.

En primer lugar, debemos felicitar cordialmente y con toda ingenuidad al Ferrol, porque ve patente una vez más, el interés que inspira á sus senadores y diputados, el fomento de su Arsenal. Cuando apenas acaba el Gobierno de conceder para dicho centro y para La Graña, numerosas construcciones, piden que se recompongan y prolonguen dos diques viejos, que sirvan de complemento al moderno de La Campana, importantes obras, que al par que tienden á asegurar un imprescindible servicio para la marina, cual es la limpieza y carena de sus grandes buques, proporcionan á dicho Departamento, por hoy, elementos para alimentar su actividad constructora, y para mañana, la importancia indiscutible de encerrar, medianamente que subvenir á una necesidad que ya hemos calificado de imprescindible.

A la vista de la conducta que observan los representantes del Ferrol y de la provincia á que pertenece, no podemos por menos de hacer ciertas comparaciones y

lamentarnos del doloroso contraste que de ellas se desprenden.

Los diputados y senadores del Ferrol y Cádiz, prescindiendo de diferencias de banderías é inspirados sólo por el deber de procurar por los altos intereses, cuya salvaguardia les está encomendada, han librado una tenaz batalla contra el Gobierno, cuando éste adjudicó la construcción de los cruceros, alcanzando tan completa victoria, que por atender á sus demandas, se aumentó el número de construcciones, adjudicándose éstas, ya á la industria particular de aquellas regiones, ya á sus respectivos arsenales.

Mientras se daban tales muestras de actividad por los representantes de Cádiz y Ferrol en un asunto que interesaba al Departamento de Cartagena tanto como á los de las citadas localidades, nuestros diputados y senadores permanecían en la mayor inacción é indiferencia, sin tener en cuenta que con tal modo de proceder, no sólo no recababan ventaja alguna para el engrandecimiento de este Arsenal, y por lo tanto para la mayor perfección y economía de sus construcciones, sino que en el regateo de concesiones que en dicha ocasión tuvo lugar, no podrían evitar el que el Departamento de Cartagena fuera despojado de algo que significara un perjuicio para las exigencias de nuestra marina, y por lo tanto, un quebranto para los intereses generales del país.

En aquel período de laboriosidad y de movimiento incesante, nuestros representantes permanecieron en el más lamentable *dolce far niente*, contentándose los más activos con sondear la actitud del señor Ministro de Marina con respecto á este Departamento, por medios de índole puramente privada, y si en la ocasión que nos ocupa, este Arsenal no salió ostensiblemente perjudicado, débese en gran parte á que imponen su existencia las especialísimas condiciones de que está dotado; consistiendo éstas, en su ventajosa posición con respecto á la costa española, en las inmejorables cualidades del local que lo forma, y la perfección de los trabajos que en él se efectúan, debido á la idoneidad de su laboriosa é inteligente maestraza.

Los diputados y senadores por esta circunscripción, que tan poco han hecho en el caso que nos ocupa, para satisfacer las exigencias que acompañan al cargo de que fueron investidos; tienen hoy una ocasión para mostrar, que si antes no estuvieron á la altura de su misión, no procedieron de tal modo por falta de voluntad y celo, y si por ignorancia ó otra causa que aminore la responsabilidad moral que por tal conducta contrajeron.

Los representantes de Cartagena pueden hoy emendar los yerros pasados, empleando sus valimientos y energías con el propio motivo que con respecto al Ferrol lo hacen los Sres. Mosquera, Conde de Pallares, Montero Ríos, Becerra, Villaverde, Pérez y Plá. Nuestros diputados y senadores pueden hoy hacer olvidar su anterior conducta, procurando que sea un hecho la construcción del proyectado dique de carenas en este Arsenal, cuya urgencia, importancia y necesidad, demostraremos en el artículo siguiente.

Atiendan, como es debido, los representantes de este pueblo nuestras humildes pero sinceras indicaciones, pues que, pocas veces han de encontrar ocasión más propicia para variar de conducta, consiguiendo al par que una loable satisfacción propia, un importante beneficio para el país en general.

Variedades.

LA ESCOPETA VENGADORA

Retrocedamos al año 1870 y contemplemos el interior de una quinta de la *Champagne*, situada en el lindero de los bosques.

Encima de la chimenea se ven colgados tres fusiles de maciza culata y cañón brillante. Uno pertenece al padre, otro al hijo, otro al nieto.

Cerca de la ventana se entretiene hilando en la rueca una mujer de rara belleza, que apenas cuenta cuarenta años de edad. Es la nuera, la esposa, la madre.

En medio del mayor silencio descuelgan los tres hombres los fusiles y parten furtivamente de la casa, después de abrazar á la mujer, que constituía su única familia, la cual, asomada á la ventana, les envía el último adiós cuando va á perderlos de vista.

«¿Dónde van? No es necesario decirlo. Los ejércitos alemanes acaban de invadir la patria.

Ya sola Juana Bernier, cruza los brazos sobre su pecho, contempla tristemente una carabina colocada en la pared entre un Cristo de estauo y una imagen del judío errante.

Si separáramos la gasa que rodea el cañón, veríamos un punto manchado de sangre que corrió por la patria.

Pero, ¿por qué esta escopeta permanece inútil, al paso que los tres fusiles pronto vomitarán fuego? ¿Qué espera para hacer estallar la pólvora? ¿Quién es su dueño?...

Murió, era hermano de Juana. Una tarde salió á combatir á los alemanes, y horas después regresaba al hogar, herido de muerte. Ahora duerme bajo una losa blanca, sin que sean capaces de despertarle todos los cañonazos de la guerra.

La carabina cumplió con su deber, y más que un arma es ya reliquia del hogar.

Los prusianos, sin embargo, se aproximan; inmensas olas de hombres y caballos invaden las aldeas, pueblos y ciudades, los bosques, montes y llanuras, asolando los campos y las poblaciones hasta cubrir de sanguinolenta espuma el agua de los ríos.

Una noche se oye llamar suavemente en la puerta de la quinta, que al ser abierta da paso á un franco tirador.

Es un mozo de la comarca, amigo íntimo de los Bernier.

Emocionado dolorosamente, participa á Juana que su padre, su esposo y su hijo han muerto... sorprendidos en el fondo de un bosque por treinta prusianos; una docena de francos tiradores lucharon hasta morir como héroes.

El padre y el esposo cayeron primero sobre cinco ó seis cadáveres que les servían de muralla.

Apoiado en un árbol el hijo de Juana, resistió solo el furor de los asaltantes. Parecía invulnerable, y á cada acometida de su bayoneta caía uno de los enemigos.

En aquel supremo instante se aproximó un joven oficial bávaro que, con la sonrisa en los labios, le destruyó el cráneo de un tiro.

Así dejaron de existir los tres Bernier, extinguiéndose en ellos tres generaciones.

Cumplida su triste misión, partió el franco tirador para reunirse con sus compañeros.

Una hora después Juana descolgaba la carabina de su hermano, se vestía con las ropas del difunto, abandonando aquella quinta que sus dueños no verían más.

Dejaba de ser hermana, hija, esposa, madre, para convertirse simplemente en una francesa, ó más bien en un soldado.

Apenas el canto de las aves anuncia el nuevo día, Juana, oculta tras de los helechos, percibe en el lindero del bosque un hulano, que avanza al trote de su caballo negro.

Es un joven débil, de bigotes rubios y ojos azules. Con frecuencia se quita el casco, respirando con delicia el ambiente perfumado de la mañana, mientras murmurando dulce canción alemana, admira el hermoso paisaje de Francia.

Juana le apunta y dispara dejándole caer.

—He vengado á mi padre—exclama y desaparece.

Todo el día permanece oculta en la maleza, atentos el oído y la vista, y con la escopeta en la mano, sin oír más ruido que el canto del grillo ó el chillido del cuervo que cruza el espacio en busca de cadáveres. A la caída de la tarde, el relincho de un caballo le hace estremecer de alegría, y al levantar con ansiedad la cabeza, divisa á un teniente al mando de seis dragones.

Apoya Juana su carabina, silba una bala, y el teniente tambaleándose en la silla como un hombre ebrio, cae sobre la cabeza del caballo, que parte al galope tendido llevando solo un muerto.

—He vengado á mi esposo—dice la viuda, mientras los dragones, creyéndose perseguidos, desaparecen al galope de sus corceles.

Veloz cual una corza huye Juana á través de los bosques. Si su calabaza está vacía, y no posee ni un pedazo de pan, en cambio le sobran balas. Un arroyo le calma la sed, y un avellano le proporciona abundante comida en sus ramas.

Al salvar una elevación advierte una gloza situada al final del sendero. Allí encontrará quizá un lecho donde pasar la noche. Mas de pronto se detiene; á la puerta se destaca la silueta de un centinela alemán, y en la ventana, un capitán de elevada estatura lee una carta de las orillas de la Spreé ó de las márgenes del Rhin, carta que vuelve de un lado á otro y lee de nuevo contemplándola con los ojos humedecidos.

Juana se desliza sin agitar una rama ni producir el más ligero el rumor en la movediza arena.

De repente una detonación estremeció la arboleda, ahuyentando á las aves dormidas en sus ramas. En la ventana únicamente hay un cadáver.

Los soldados abandonan la choza, dispuestos á rechazar al enemigo, que huye á lo lejos, diciendo:

—He vengado á mi hijo.

Cinco días han transcurrido desde la muerte del capitán, sin que se haya apagado la sed de venganza de la Bernier, que afronta aún la heroica y miserable vida de los bosques. Un día toma una taza de leche que le da un pastor, otro parte con un anciano el pan de la mendicidad.

Acostada una mañana sobre la retama, per-